

BEATA MARÍA DE SAN JOSÉ

Primogénita de cuatro hermanos, la MADRE MARÍA DE SAN JOSÉ (LAURA ALVARADO CARDOZO), venezolana, nació en el pintoresco pueblo de Choroní, estado Aragua, el 25 de abril de 1875.

Sus padres, Clemente y Margarita, con el fin de dar una buena educación a sus hijos, se trasladaron a Maracay, donde Laura realizó sus estudios. Dotada de inteligencia precoz y de una bondad de carácter poco común, era propuesta como modelo de alumnas. Recordando sus tiempos de estudiante, escribirá en su diario: «Esos felices días los tengo muy presentes y los veo limpios de pecado».

Se consagra al Señor

Laura deseaba consagrarse a Dios en un convento de clausura. Al impedírselo las circunstancias, solicitó el permiso de su confesor y el 8 de diciembre de 1892, a la edad de 17 años, hizo voto de perpetua virginidad. Este día lo celebraría a lo largo de toda su vida, al igual que el 13 de octubre, en que fue bautizada, con una jornada de retiro espiritual. Ya desde entonces no tenía otro ideal que el de la santidad: «Quiero ser santa, pero santa de verdad». «Jesús mío, el ideal que persigo eres tú y sólo tú».

La llegada a Maracay en 1892 del párroco Vicente López Avelado fue providencial. En la ciudad se había desencadenado una terrible epidemia que sembró el luto y la desolación en las familias. El párroco invitó a la joven Laura a colaborar en el pequeño hospital que acababa de abrir para atender a las víctimas de la epidemia: la respuesta de Laura fue entusiasta. Se trasladó a vivir al hospital y se entregó de lleno al servicio de los enfermos. Su labor fue tan eficaz que se le confió su dirección. En él era la animadora del grupo de jóvenes voluntarias conocidas como las «Samaritanas».

Fundadora de las Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús

Pero Laura no se contentaba con el bien que hacía en el hospital. Deseaba fundar un Instituto dedicado a los ancianos y a los huérfanos y sus «Samaritanas» estaban dispuestas a seguirla. Con licencia del vicario general de Caracas, monseñor Juan Bautista Castro, el 11 de febrero de 1901 el grupito de Samaritanas vistieron el hábito agustino y adoptan el título de « Hermanas de los Pobres de San Agustín», nombre que más tarde cambiarán por el de «Agustinas Recoletas del Corazón

de Jesús». El mismo Mons. Castro nombró a Laura superiora del nuevo Instituto, cargo que conservará hasta el año 1960.

El 22 de enero de 1902 Laura ratifica su voto de virginidad y el 13 de septiembre del año siguiente pronuncia los votos perpetuos de pobreza, obediencia y castidad. En la profesión cambió su nombre por el de Maria de San José.

Los que nadie quiere recibir, éstos son los nuestros

En 1905 fundó en Maracay la primera casa para huérfanas. A ella siguieron otras fundaciones a un ritmo acelerado. La Madre María, como otra santa Teresa de Jesús, se convierte en una andariega de Dios, acudiendo solícita allá donde surgía una necesidad. Caracas, Barquisimeto, La Victoria, Valencia, Coro, Maracaibo, Puerto Cabello y otras muchas ciudades y pueblos son testigos de la abnegación de esta monja enjuta, con cara de asceta y de mística, aparentemente débil y enfermiza, pero llena de intrepidez y de una caridad que no conoce límites. En pocos años y sin medios económicos, logra levantar más de 30 fundaciones. Son casas sencillas y pobres. En ellas encuentran delicada acogida los más desvalidos de la sociedad: «Los desechados de todos, son los nuestros; los que nadie quiere recibir, éstos son los nuestros», decía a sus religiosas. Y sus hijas seguirán fielmente este lema.

Marta y María

La Madre Maria supo unir en sí las figuras evangélicas de Marta y Maria. El trabajo y la oración convivieron en ella perfectamente integrados. De día estaba siempre al lado de los pobres, y de las niñas huérfanas, pero de noche pasaba largas horas ante el sagrario en intimo coloquio con Jesús. De estas horas de contemplación sacaba la fuerza que luego prodigaba en favor de los más débiles.

Por su amor a la Eucaristía, se comprometió a confeccionar con sus propias manos las hostias que se consumían en Maracay y en las parroquias vecinas; al final de sus días confeccionaba miles y miles de hostias y las distribuía gratuitamente a los sacerdotes. Recomendó a sus hijas que siguieran prestando este servicio gratuitamente, como lo vienen haciendo.

Últimos años

En 1960, como era su deseo, fue sustituida en su cargo de superiora general y se retiró a su querida casa «Hogar» de Maraca para pasar los últimos años de su vida dedicada a la oración, a las huérfanas y a los trabajos más humildes.

Tras una larga enfermedad, se consumió con gran paz y serenidad el día 2 de abril de 1967. Venezuela, y sobre todo la ciudad Maraca, había perdido a una de sus hijas más ilustres.

Maraca decretó luto ciudadano. Millares de devotos acudieron a honrarla de diversas partes de Venezuela. Durante el cortejo fúnebre una escuadrilla de aviones lanzó pétalos de rosas sobre multitud. Sepultada al pie del altar de la capilla del asilo, su sepulcro se ha convertido en meta incesante de peregrinos, sobre todo después de haberse difundido el gran número de gracias concedidas por su intercesión.

La Madre María, que dedicó su larga existencia al cuidado de los ancianos y de los niños desamparados en los que veía la figura de Cristo, nos ha dejado un mensaje de perenne actualidad: dar acogida a los más pobres, a los más débiles, a los marginados, con el mismo amor con que ella los acogía.

Fue beatificada por Juan Pablo II el 7 de mayo de 1995, siendo la primera venezolana que ha sido beatificada. La Familia Agustiniana celebra su memoria el día 7 de mayo.